

FANATISMOS

LOS SALVADORES

El integrismo político va elaborando cuidadosamente su doctrina ideológica destinada a las nuevas generaciones. Es lo que llaman el «rearme» doctrinal. Para que el fanatismo —cualquier fanatismo— prenda hay que establecer unos esquemas simples que la gente capte con facilidad. Poco importa que esos axiomas sean erróneos o que no correspondan a la realidad. Lo que hace falta es que lo expliquen todo. La historia humana es, como la vida misma, algo complejo y contradictorio. Introducir en su relato unos ejes sencillos que aclaran su sentido ha sido el intento no sólo de muchos historiadores, sino de los ideólogos y de los demagogos que la trataban de interpretar con arreglo a unos principios o a unas tesis de partida. Unas veces era la providencia la que apoyaba a unos pueblos contra otros, justificando sus guerras y sus batallas. Dios estuvo, así, primero, del lado de los hebreos; con el Imperio Romano, después de Constantino; con los visigodos, a partir de Recaredo; con el Sacro Romano Imperio; con los Cruzados; y, por supuesto, con los enfrentados de las guerras de religión de la Europa del Quinientos y del Seiscientos, unas veces como Dios católico y otras como Dios protestante. También Alah protegió a los musulmanes y a sus imperios de Damasco y de Córdoba o de Bizancio. Pero no es sólo la providencia la que explica la sucesión de los avatares de un pueblo, sino que, a partir de Hegel y de Marx, la historia se materializa y se convierte en dialéctica y en ejercicio germánico y gimnástico de lógicas contrapuestas. Tesis; antítesis; síntesis. Y análisis implacable de las coordinadas económicas y sociales que lo vuelven a explicar todo, por la lucha de clases, la posesión de los instrumentos de producción, la propiedad privada y la explotación del hombre por el hombre.

¡Oh, infinita capacidad humana para dejarse seducir por los mitos! Llegó, un siglo más tarde, Adolfo Hitler para intentar, sobre el terreno abonado y moribundo de un gran pueblo europeo, frustrado y resentido, en trance de grave crisis económica, la siembra de un nuevo mito, el de la sangre aria, que producía, a través de su hematología superferolítica, una raza superior, la de los «señores» teutones. Dos mil años iba a durar el dominio de la «herrenrasse», que antes tenía que hallar la «solución final» al problema de las razas inferiores en Europa, a base de cámaras de gas y cremaciones masivas. Pero también el nazismo tenía su interpretación histórica favorita, reflejada en el «Mein Kampf», el evangelio del esquizoide austriaco. No sólo era su pueblo el elegido de los dioses del Walthalla wagneriano, sino que los verdaderos enemigos, culpables de la situación difícil que atravesaba entonces Alemania, eran los judíos, los marxistas y, por supuesto, el veneno de lo «demoliberal».

Ahora resurge, entre nosotros, ese empeño en buscar un culpable capaz de llevar al hombro todos los pecados y defectos de un país. Ese delincuente temible que produjo, al parecer, tantas dificultades en la historia española de los últimos ciento treinta años se llama también, como en la semántica de Hitler, «lo demoliberal». Guerras civiles, revoluciones, golpes de Estado, crímenes y atentados tienen un culpable único definido: «lo demoliberal». Repásese la historia del siglo XIX y se verá que este siniestro personaje se halla en la raíz demoníaca de todos los males. ¡Ah! Pero faltaba un elemento positivo en el cuadro sombrío: el soteriológico poder de la espada que salvaba la situación. Leemos con estupefacción, en un reciente artículo, que los seis «salvadores» que libraron a España en el siglo XIX de la epidemia demoliberal se llamaron, sucesivamente, Castaños, duque de Angulema, Espartero, Narváez, Prim y Martínez Campos.

¿Se escribe esto en serio? ¿O son cuentos para pardillos? El general Castaños, que venció en Bailén a las tropas napoleónicas, ¿sabía que estaba luchando al mismo tiempo contra la España demoliberal? Si resucitara, se quedaría mudo de asombro. Los demoliberales de Cádiz peleaban en sus filas, y algún demoliberal americano, como el futuro general San Martín, junto a los demás patriotas, contra el invasor. Castaños, gran profesional, honrado en su larga vida con distinciones y cargos, se apartó siempre de la política activa, sirviendo sencillamente a las armas, a la Corona y a Isabel II —reina demoliberal— hasta su muerte.

Y ¿qué decir de Angulema, segundo salvador de España? Un príncipe francés que invade y ocupa España con sus divisiones y con la complicidad de Fernando VII, de muchos cortesanos y de medio país. Acaba con el sistema constitucional y repone al rey, como monarca absoluto, en el trono, no sin recomendarle, con escaso éxito, moderación, generosidad y —como ahora se dice— apertura. ¿Sería Angulema demoliberal? Que se nos ofrezca la aventura intervencionista de los cien mil hijos de San Luis, en un país ajeno, por instigación de la Santa Alianza, como modelo de «operación salvadora» es algo realmente inconcebible. ¿Será también la doctrina Breznev, aplicada a Checoslovaquia, una posibilidad soteriológica?

Espartero es otro de esos «salvadores» que señala el artículo, junto con Prim y Martínez Campos. Si quitamos a Narváez con su espadón lojístico, que ése sí que era reaccionario visceral, no comprendemos cómo los otros tres pueden clasificarse como providenciales hombres fuertes que evitaron la tentación demoliberal. Todo estudiante de bachillerato sabe que Espartero era el caudillo progresista del «cúmplase la voluntad nacional» y que incluso echó de la Regencia a la reina gover-

nadora por considerarla demasiado moderada y enemiga del liberalismo. En 1854 vuelve Espartero a encabezar el «bienio» progresista frente a Narváez y los suyos. Y ¿qué diremos de don Juan Prim? Si hubo en nuestro Ejército decimonónico un soldado ilustre, que quiso implantar en España un régimen democrático y liberal, fue él. Derribó a Isabel II para lograrlo y trajo al rey saboyano, quizá porque el príncipe Alfonso era demasiado niño para intentar con él una solución. Su asesinato hizo posible la tragedia de la Primera República y el desenlace consiguiente.

Don Arsenio Martínez Campos es en la lista el último «salvador» en el ochocientos. Pero ¿no fue él precisamente quien dio paso al establecimiento de la Monarquía liberal? Cuando Cánovas levanta el andamiaje de la Constitución del 76 sobre el golpe de Sagunto ¿no está precisamente constituyendo un edificio político que es, en sus principios filosóficos, un Estado demoliberal? Leemos en el prodigioso texto comentado: «Lo que se intentó en 1876 estaba sostenido gracias a la ficción del caciquismo pero nos llevó a los desastres del 98 y de Annual.»

Y ¿la democracia orgánica, no tiene ficciones? Y cualquier sistema político, ¿no se apoya en consensos convencionales? Se habla del 98 y de Annual. Y los contratiempos navales germanos de Jutlandia, en la guerra del 14, ¿qué demostrarían? ¿Que era mejor la democracia británica que el autoritarismo de Guillermo II? Y los desastres coloniales ingleses al comienzo de la guerra de los «boers», ¿significaban acaso que era superior el régimen del presidente Kruger al de la reina Victoria? Este tipo infantil de argumentos no se puede aplicar ya a la opinión pública de un país alerta y advertido, que no comulga con ruedas de molino.

Dejemos a la historia en paz y no queramos con ella demostrar lo que nos conviene e inventar lo que no ocurrió. Ni todas las espadas eran reaccionarias en nuestro siglo XIX, ni el «demoliberalismo» era el culpable universal y único de las tragedias, contrariedades y desgracias nacionales. Cada pueblo se forja su destino como puede, muchas veces con gran dificultad y superando enormes pruebas, y no hay otro protagonista, a la larga, en los tiempos modernos y en los países desarrollados y progresivos de cierto nivel de vida que la voluntad popular manifestada y encauzada en consensos libres con alternativas y opciones legales aceptadas por todos los grupos y sectores de la sociedad que quieren convivir en paz y defender esa paz con dignidad.

José María DE AREILZA

ANSIA DE «CREER»

UN AQUELARRE MAS

La verdad es que, en sí, ese Congreso Internacional de Brujería, celebrado últimamente en Bogotá, carece de importancia. Los periódicos, al airearlo como noticia, lo han hecho con cierto retintín, e incluso con mal disimulada ironía. La cosa, en definitiva, tuvo que ser bastante grotesca. Más de dos mil congresistas constituyeron una buena cifra, desde luego: el «aquejarre» en cuestión es, sin duda, el mayor que nunca se haya consumado. Parece que todo quedó en lo que podía quedar: la charlatanería previsible, algunas «demostraciones» propias del caso y una feria de amuletos, talismanes y demás productos del ramo. La anécdota, repito, apenas posee otro alcance que el de su espectacularidad. Pero tampoco conviene desdeñarla. Se trata de un indicio más, entre muchos, muchísimos, de la epidemia de irracionalismo que cunde por el llamado «mundo occidental». La localización del acto no ha de engañarnos. Puede que en Colombia subsistan venerables tradiciones de hechicería y cosas por el mismo estilo. No lo sé. De cualquier modo, a la convocatoria han acudido «brujos» de todas partes, y, según cuentan, los países de mayor nivel de desarrollo —civilizados— en alto grado, por consiguiente— contribuyeron con una cantidad notable de asistentes. Fueron allá y volvieron a casa montados en avión, y no en la escoba clásica, huelga decirlo. El fenómeno, efectivamente, es universal.

El concepto de «brujería», en Bogotá, daba cabida a multitud de actividades que no tienen nada que ver con las «brujas» antiguas. Quizás al poner esa palabra en el título del congreso hubo, en los organizadores, una tentación humorística, o un desplante provocativo. Pero el común denominador era visible: reunir gentes que trafican con «lo irracional», fuese cual fuese la especialidad a que se dediquen. Y eso, el tráfico con «lo irracional» es uno de los rasgos más acusados de la sociedad en que vivimos. Los clérigos se lamentan de que las muchedumbres, antaño tan devotas, esquivan sus templos, y le echan las culpas a una especie de ola de «incredulidad» que nos asalta. Es evidente, sí, que el vecindario tiende a desentenderse de las religiones heredadas, aunque no tanto como se rumorea, al fin y al cabo. Lo digno de subrayarse, a mi juicio, es que, en última instancia, no ha habido un verdadero salto a la «incredulidad»,

sino a otros «credos», o, para centrar el asunto en sus términos justos, a otras «credulidades». Habría mucho que hablar acerca de ello. Porque la gama de «creencias» alteradas resulta obviamente compleja. Hay quien abandona al confesor para refugiarse en el psicoanalista, pongo por ejemplo, y quien traslada su fe en las peticiones a la Providencia al repertorio farmacéutico, para remediar la salud maltrecha. Y hay quien consulta directamente al «mago», o «brujo», o al que sea, para...

¿Para qué? El hombre es un animal angustiado, conoce y reconoce su angustia, y aspira a cancelarla, o, por lo menos, a mitigarla. Si eso es una situación inherente a la «condición humana», o sólo una simple enfermedad de origen «social», es un tema abstruso, que dejaremos de lado. La «cura», sin embargo, suponiendo que lo sea, puede «esperarse» del consuelo que imparte el sacerdote, de la gragea que receta el médico, de las diversas «mancias» —cartomancia, oniromancia, quiromancia, nigromancia, hidromancia, ornitomanía, y todo lo que ustedes gusten—, del ensalmo del curandero, del horóscopo, del fetichismo que se concentra en una uña de tigre, un colmillo de puma o una pata de conejo; o en la ya inhábil herradura... El «racionalismo», desde siempre, luchó contra estas amenazas extravagancias. Todas las religiones serias —y, en este punto, la más sería de todas ha sido la católica-romana— procuraron razonar y hasta racionalizar sus credos, para eliminar, de paso, la «superstición». Lo que ahora ocurre es, en el fondo, que la «superstición» consigue amplias ventajas. Si el siglo XVIII fue «el siglo de las luces», y todavía eran «luces» de vela o de velón, y el XIX empalmó el quinqué con la electricidad, nuestro siglo XX, con sus viajes planetarios, su cibernética, su biología molecular, sus terapéuticas congratulatorias, su todo eso, debería haber cortado por lo sano.

Y no. Hoy hay más «supersticiones» que nunca. Y más misticismo. Y más «brujos», y más «astrólogos» y más «profetas», y más «sibilas», y más «magos». La paradoja pone carne de gallina. Toda nuestra rutina diaria descansa sobre la eficacia de la «razón» —de la «ciencia» y de la «tecnología derivada», y pobres de nosotros si, por cualquier motivo, fallase el tinglado. Cuyo tinglado —el de la «razón», la «ciencia», la «tec-

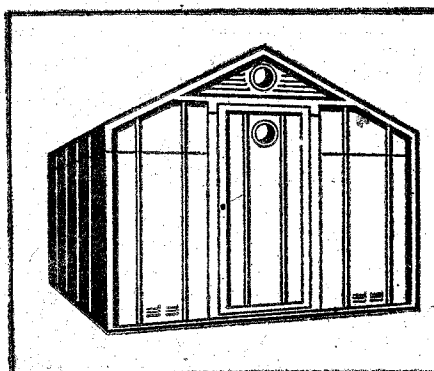
nología» — también deja mucho que desear, por sus complicidades de clase. Pero menos da una piedra. El encuadre de nuestra vida no puede ser más «racionalista», gracias a Dios. La respuesta del individuo, en cambio, es lo contrario: no la novenita o el triduo, que todavía tenían detrás el compachón físico e intelectual del Aquinata, sino los «brujos», la «parapsicología», los «ectoplasmas», el «zen» y los restantes embrollos orientales premoístas, y me temo que el «yoga», de moda, sea uno de ellos, y la paupérrima ideología de los «hippies», y Freud, y Nietzsche, y... Sigmund Nietzsche y Friedrich Freud son la madre Raíols de la «progresía», en estos pagos, por lo que veo. Cabría preguntarse si, en un ambiente de estricta «racionalización», esos bichos aristotélicos que somos los humanos no necesitamos «algo más». Tenemos la música, la poesía lírica, las artes plásticas, la filosofía, siempre que por filosofía se entienda lo que hay que entender, una frustración literaria, tenemos todo eso, y sería más que suficiente. Pero para la válvula de escape «irracionalista» —el hombre es «racional» e «irracional» a la vez— no basta, y...

La «contaminación «irracionalista», que el difunto Lukacs tanto ayudó a combatir cuando aún era poca cosa, ha adquirido proporciones alarmantes. La amenaza, desde esta esquina, es superior a las «contaminaciones» físico-químicas y anticológicas. La proliferación de las «supersticiones» de todo signo —sin descartar la honesta y boquiabierta superstición de la «ciencia» — podría ser explicable por aquello que insinuaba un moralista francés subalterno: a diferencia de la religión, la superstición tiene la venturosa ganga de no comportar una moral obligatoria. El moralista aludido no llegó a disfrutar de la nueva «moral» médica, que con sus recetas dietéticas y de ejercicios corporales —jugar al tenis es una forma de «mortificación» que los practicantes, poco imaginativos como son, no relacionan con las flagelaciones medievales—, representa un ascetismo muy claro. No para ganarse la gloria eterna, pero para mantenerse en forma, guardar la línea y alargar la vejez. Otro detalle curioso: la borrachera rabelaisiana —«venite apotemus!»— era todavía una juerga, una gratificación sensual, mientras que las drogas de hoy día, y las músicas ade-

cuadas, y su literatura, desembocan en la más inane pastosidad mental. La «irracionalidad» sistematizada aborrega al personal: le resigna, le alucina, le emboba. Estimula su «credulidad». Esa ansia de «creer» —«creer en lo que no se ve», o sea, en lo inverificable por la razón y los sentidos— es tremenda.

En Bogotá, los «brujos» acongrados hicieron sus pinitos de «cientifismo». Era una insigne manera de pasar el rato. Lo supongo. Hace un par de años, en estas mismas páginas o en otras paralelas, dejé caer mi escepticismo acerca de las fantasías de los «ovnis», «ufos», o como se les quiera designar, entendiendo por tales la visita de unos extraterrestres indeterminados o indeterminables. Recibí entonces una carta de un fulano que redactaba papeles sobre tales posibilidades. No me acogotaba con ningún argumento «científico». Se limitó a reprocharme: «Usted es un Santo Tomás de pueblo, que no cree si no toca; tiene usted un corazón correo-so...». Si un día publico mi correspondencia, el texto figurará entre el muestrario de estupideces máximas que pueda proferir un ciudadano. Aun admitiendo el «ovni» de los marcianos de telefilme como seguro, mi corresponsal sólo alegaba su propia «irracionalidad», al reprobar las condiciones de una de mis vísceras irracionales y al referirme al apóstol reticente. Para aquel señor, lo de los «ovnis» era un problema de «fe». A estas alturas, y si de «fe» se trata, y me viese forzado a decidir, tal vez me inclinaría por la Santísima Trinidad... Pero no es éste el debate. La «ciencia» de revistas de quiosco suele ser «ciencia-ficción»: manipulación irracional, o irracionalista, de un residuo de informaciones científicas. Por lo demás, tampoco hemos de hacernos ilusiones. Un «hombre de ciencia», sin descartar la categoría del Nobel, puede lanzarse a filosofar, y Dios nos coja confesados, si lo hace. Un científico filosofando todavía es peor que un filósofo. Mientras en Bogotá se apiñaban los «brujos», en algún monasterio de la Catalunya-Nord se concentraban unos «filósofos irracionales», que no se avergüenzan de autodenominarse así... Y por la radio dan «Lucecita»... Estamos acorralados. Y no digo más.

Joan FUSTER



CASETA
METALICA PREFABRICADA

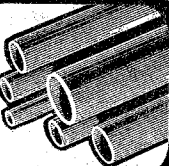
LNA

ENTREGA INMEDIATA

COLL VALL

LEPANTO 388
TELEF. 256 06 02
BARCELONA-13

Accesorios y
tubería
de cobre desde
6 a 54 mm. Ø.
Para agua, gas,
calefacción e
industria.

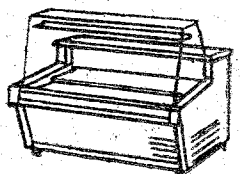


Manufacturas Metálicas
AVIÑO SIA
Espronceda, 105
Tel. 308 52 44 - Barcelona 5

OFERTA CRISIS
Solo durante 20 días

**¡NECESITAMOS VACIAR
STOCKS, ¡A PROVECHESE!**

VITRINA 2m.
PRECIO ESPECIAL
59.000 ptas.
COFRISA
Pº SAN JUAN, 71
Tel: 207 05 97



(Precisamos colaboradores)